

Una mirada desde un mundo globalizado.



Por Klaus Jaffe
Universidad Simón Bolívar, Venezuela.

Al comparar la dinámica de la educación superior en América Latina con la del resto del mundo, no quedan dudas que el modelo nacido de las reformas de Córdoba no ha sido exitoso. Nuestras universidades, con su democracia interna favorecen y fomentan los intereses de profesores, empleados, o con su dependencia política favorecen a alguna facción social, pero no han facilitado una expansión de la investigación científica ni el desarrollo tecnológico, ni han sido promotores de meritocracias impulsoras de una expansión industrial y económica moderna. América Latina y África están a la cola del mundo en la producción de ciencia e innovación. América Latina, a pesar de tener universidades que cuentan entre las más antiguas del mundo, no aporta ni siquiera el tres por ciento al nuevo conocimiento mundial anualmente a pesar de contar con más del 8 % de la población mundial. En contraste, los países que alojan las universidades mejor rankeadas en el mundo son países que viven o han vivido expansiones económicas fabulosas, gracias en gran medida a la excelencia de las universidades que cobijan. Estas universidades exitosas en países exitosos no se parecen a las nacidas de la reforma de Córdoba. La gerencia de estas universidades está diseñada para que los intereses de la sociedad prive sobre los intereses de profesores y empleados al momento de las decisiones importantes. La dirigencia política del sistema educativo de América Latina evita estas comparaciones argumentando la excepcionalidad de la cultura latinoamericana, lo que a la final asegura los intereses personales de estas elites y no los del país. Esta realidad se trata de tapar con esfuerzos para promover la equidad en la educación superior, lo que ha llevado a un deterioro académico y meritocrático aun mayor de las universidades, distanciando las posibilidades de un desarrollo industrial y post-industrial de nuestra región. Por fortuna han emergido universidades privadas que en medida creciente son las que innovan en cuanto a carreras nuevas y absorben masas crecientes de estudiantes que más que intentar trascender como intelectuales o políticos, aspiran a una profesión de utilidad para ellos y por ende para la sociedad. Requerimos legislación que favorezca el surgimiento de la iniciativa privada en la educación superior en América Latina que pueda forzar una modernización de la educación superior. Una tarea de esta modernización será ofrecer carreras que acicalen el desarrollo económico y tecnológico, revirtiendo la expansión continua de las humanidades en detrimento de las ciencias naturales e ingenierías en nuestras universidades públicas y en algunas de nuestras privadas.

La libertad y la innovación son inseparables y la excesiva regulación de nuestro sector no favorece el surgimiento de ideas nuevas ni permite que nuestras universidades se conviertan en motor del progreso y aseguradores de nuestro futuro. Los estados, más que autorizar y prohibir programas e instituciones deberían calificarlos. Será luego decisión libre de un empleador contratar un ingeniero con un título de una institución C3, o la de un estudiante de hacer un esfuerzo especial para estudiar en una universidad A1 en formación de empresarios emprendedores. Ejemplos exitosos de novedosas formas de financiar la Educación Superior la conseguimos en muchas partes del mundo, algunos evaluados y analizados al detalle. Un esfuerzo loable en América Latina en fomentar una sana competencia al proveer información sobre empleabilidad y calidad de carreras e instituciones de educación superior lo encontramos en Chile. Pareciera que los frutos de estos esfuerzos ya se reflejan en un incremento continuo de la productividad académica y económica del país hermano.

La recomendación del economista para un sistema educativo eficiente es clara: subsidio directo al educando y a la actividad de investigación, más que a algunas instituciones selectas. El sistema de educación público actual favorece al estudiante mejor preparado en la primaria y secundaria que por lo general viene de escuelas privadas, mientras que el sistema universitario privado es el que acoge a la final a estudiantes de estratos más pobres que estudian en el sistema pública su educación básica y que no logran entrar en las universidades públicas con sistemas de admisión basados en la excelencia. Un subsidio directo al estudiante, que le permita escoger su carrera y universidad, favorecerá aquellas universidades públicas o privadas que logren dar mejor y mayor servicio educativo al menor precio. Este sistema favorece la competencia entre instituciones lo que debilita las actuales elites dominantes en nuestro sistema educativo y por tanto será poco probable que cuente con aceptación política en el sector.

La falta de modernización de nuestras universidades conlleva a la marginalización de nuestro continente en el sector educativo. En forma creciente, y gracias al Internet y las nuevas tecnologías de comunicación a distancia, nuestros ciudadanos buscan títulos en universidades extranjeras. Ello quizás motive a los centenares de investigadores dedicados al análisis de la Educación Superior en América Latina analizar porque muchas de las universidades Asiáticas, mucho más jóvenes que las de América Latina, están sobrepasando en todos los indicadores a las nuestras. El modelo educativo de América Latina no ha sido exitoso. El repetir los mismos discursos de hace 60 o 40 años no va a aumentar nuestras probabilidades de éxito. En un mundo globalizado, le toca al intelectual latinoamericano darle una mirada al mundo más allá de nuestro continente. Aprendamos de las universidades más exitosas en producir premios Nóbel, trabajos de investigación, empresarios millonarios y emprendedores industriales, sin importar el continente en que se encuentren.

Fue la dosis de liberalismo que resultó tan exitosa en la universidad que fundara Humboldt, modelo de la universidad de investigación anglo-sajona y que ahora se está imponiendo en Asia. A nuestro continente le hace falta una nueva gesta libertadora, pero esta vez no contra el dominio político de una potencia extranjera sino contra una mentalidad conservadora intolerante que le teme a la diversidad y al emprendedurismo individual. Es la Universidad la llamada a liderar esta gesta de libertad.

